

RESEÑAS / REVIEWS

Cagiao Vila, Pilar (ed.). *Donde la política no alcanza. El reto de diplomáticos, cónsules y agentes culturales en la renovación de las relaciones entre España y América, 1880-1939.* Madrid: Iberoamericana / Vervuert, 2018, 270 págs.

La presente obra colectiva, que dirige Pilar Cagiao Vila, articula de manera original y rigurosa la labor profesional y la astucia personal de diversos diplomáticos, cónsules y agentes culturales del mundo español y americano, que ejercieron su actividad en el arco cronológico que va desde 1880 hasta 1939. A partir de casos singulares de personajes con cierta trayectoria, y de algunas instituciones públicas y privadas, entre otras cuestiones, se hilvanan historias y vínculos que arrojan luz a complejos engranajes de relaciones bilaterales y transnacionales, entramados de poder y conveniencias, así como también de disputas personales. A pesar de no ostentar puestos de primer rango, o quizá precisamente debido a las posiciones singulares que ocuparon algunos de estos actores, el análisis histórico de sus acciones nos permite desentrañar formas cotidianas de atravesar ejes políticos, económicos y culturales, y de hacerlo justo en ámbitos donde lo profesional y lo personal transitan límites sumamente difusos.

Al no ser un estudio bibliográfico, sino más bien el análisis de la formación y desarrollo de los mecanismos que utilizaron para insertarse en las ciudades donde ejercieron su cargo, cobra protagonismo la red de vínculos y los ámbitos de sociabilidad de sus círculos culturales y de poder diplomático. Así, en los diferentes trabajos que componen la presente obra, vemos como estas personas con estatus social y económico, retroalimentaron dos dimensiones, la carrera diplomática y la profesional/personal, y establecieron, a partir de ahí, lazos y conexiones fundamentales.

El libro se estructura en siete capítulos bien definidos, que, sin embargo, comparten elementos comunes: los viajes, las vicisitudes y la negociación permanente de relaciones y espacios. Estos elementos aparecen de forma constante en los documentos, las crónicas y anécdotas que los diversos autores y autoras nos ofrecen para pensar las múltiples interacciones de los actores.

Como inicio de la obra encontramos la propuesta de Pilar Cagiao Vila que lleva por título «Matías Alonso Criado o la diplomacia transnacional». La autora se centra en analizar la prolífica y transnacional actividad diplomática de un abogado español que comenzó muy pronto su andadura por América. Uno de los grandes aportes de la historiadora radica en cruzar un variado corpus documental de diferente procedencia que permite superar visiones de su vida y de su actividad, sus incesantes viajes transoceánicos, y también sus intenciones y aspiraciones. Cagiao analiza sagazmente su procedencia, sus peripecias y sus múltiples facetas, y resalta sobre todo su labor diplomática como cónsul de la República paraguaya en Madrid y Montevideo, pero dejando constancia también de sus diversas tareas como periodista, divulgador y filántropo, y de otras actitudes que excedían, incluso, el límite de sus funciones.

El segundo capítulo corresponde al trabajo titulado «Entre la literatura y la diplomacia. La gestión de Vicente Riva Palacio en Madrid, 1886-1896», bajo la autoría de Agustín Sánchez Andrés. En este se analiza lúcidamente la labor de este mexicano como representante del Gobierno de Porfirio Díaz en España, para de-

mostrar cómo su función diplomática se vio limitada por un régimen interventor y personalista como fue el porfiriato. Así, el autor señala que fue la actividad cultural de Riva Palacio la que destacó por encima de su capacidad de maniobra o de decisión política en el encauzamiento de las relaciones bilaterales entre México y España.

Con igual destreza, la propuesta de Ascensión Martínez Riaza, «Agentes culturales y hombres prácticos. Clemente Palma y José Gálvez Barrenechea en el consulado del Perú en Barcelona (1900-1919)», acerca el foco al consulado de Perú en Barcelona, a través de la gestión de dos reconocidos escritores y políticos que ejercieron sus cargos durante las dos primeras décadas del siglo xx: Clemente Palma y José Gálvez Barrenechea. En el análisis de ambos personajes, la autora destaca diversos aspectos, como eran los incentivos económicos, los intereses culturales y las motivaciones personales, a la vez que contrapone claramente dos formas distintas de apreciar la ciudad y de entender su propio rol en la institución que representan.

Palmira Vélez Jiménez, por su parte, nos ofrece un minucioso análisis histórico sobre el Instituto Libre de Enseñanza de las Carreras Diplomática y Consular y Centro de Estudios Marroquíes, centro pionero concebido para formar a los potenciales diplomáticos y cónsules españoles, y que funcionaría en Madrid entre 1911 y 1931. Bajo el sugerente título «Hacer patria en Hispanoamérica. El Instituto Diplomático y Consular», Vélez Jiménez desentraña los modos, los valores, las cifras y programas pedagógicos de este instituto que, si bien promovió un regeneracionismo político y social en la carrera de los cuerpos diplomáticos y consulares, no estuvo exento de los avatares políticos de la España del momento.

En su aportación, Gabriela Dalla-Corte Caballero nos invita a repensar la historia de las relaciones entre Cataluña e Iberoamérica, a través del análisis de una de las revistas de mayor trascendencia cultural y comercial durante las primeras décadas del siglo xx: la *Revista Comercial Iberoamericana Mercurio*. Dirigida desde 1901 hasta 1919 por Federico Rahola i Trémols, dicha publicación tuvo amplia aceptación entre los cónsules iberoamericanos instalados en la capital condal. Así, en «Federico Rahola y la revista *Mercurio*: diplomacia consular iberoamericana entre la guerra de Cuba y la Primera Guerra Mundial», Dalla-Corte demuestra la perspectiva visionaria de Rahola respecto a modernizar las relaciones culturales, políticas, comerciales y mercantiles, y destaca, entre otras cosas, su propuesta de aumentar el cuerpo consular español en la región, así como su vehemente recomendación de que los agregados comerciales prevalecieran sobre los militares a la hora de lograr la *conquista* de los mercados iberoamericanos.

A continuación, el artículo titulado «Carolina Marcial Dorado (1889-1941): embajadora de lo hispano en Estados Unidos. El Bureau de Información pro-España», bajo la autoría de Rosario Márquez Macías, nos sugiere abordar el asunto del hispanismo en su proyección internacional tomando además como ejemplo a una protagonista femenina. La autora revisa la labor de propaganda que realizó dicha docente e intelectual al frente de un centro de cultural hispano, ubicado en la ciudad de Nueva York, que operaba bajo la expresiva denominación

de Bureau de Información pro-España. Destaca así su amplia y prolífica labor a la hora de difundir la imagen de una España renovada y moderna, que contrasta con aquella de atraso y conservadurismo de antaño, a través de diversos mecanismos publicitarios y mediante la cooperación con universidades, bibliotecas e, incluso, en colaboración con agencias de turismo.

Finalmente, el trabajo de Manuel Andrés García, «A la sombra del Doce de Octubre: la gloria anhelada y fugaz de José María González García *Columbia*», expone algunas de las paradojas presentes al considerar a los muchos actores que de formas diversas impulsaron la corriente hispanoamericanista de principios del siglo xx. Andrés García analiza, en particular, los avatares aspiracionistas y de reconocimiento que habría transitado un periodista asturiano, José María González García, alias Columbia, destacado, principalmente, por impulsar la efeméride del Doce de Octubre o Día de Colón, posteriormente conocida como Fiesta de la Raza.

Así, la presente obra nos ofrece una serie de registros y claves interpretativas para comprender la diversidad de una tupida red de interacciones. A través de varias fuentes documentales (memorias de diplomáticos, ensayos, informes, prensa local, nacional e internacional, etcétera), los autores y autoras exponen magistralmente las pugnas y, en ocasiones, los dilemas que atravesaron las relaciones internacionales desde la óptica de la administración del servicio exterior. Comprobamos entonces que, en la mayoría de las ocasiones, el reto que significó la labor de representación nacional para estos personajes superó incluso sus propias expectativas. Por todo ello, *Donde la política no alcanza...* supone un indudable y necesario aporte para complejizar, desde una mirada histórica y desde un genuino ejercicio de integración de casos particulares, el conocimiento acerca de las relaciones bilaterales y transnacionales entre España y América.

Por último, aunque no menos importante, esta obra resulta un cálido homenaje a la memoria de una de sus autoras, la doctora Gabriela Dalla-Corte, quien lamentablemente falleció en diciembre de 2017 tras una larga enfermedad. Y aunque ya no esté entre nosotros, es en obras como esta donde su espíritu trasciende.

Cielo Zaidenweg

Universitat de Barcelona-TEIAA, Universidad de Buenos Aires-CONICET

Mira Caballos, Esteban. *Francisco Pizarro. Una nueva visión de la conquista del Perú.* Barcelona: Planeta, 2018, 412 págs.

En febrero de 2018, el doctor en historia carmonense Esteban Mira Caballos publicó una biografía del conquistador trujillano Francisco Pizarro. Este libro es producto de la carrera del investigador, quien ha escrito una obra explicando la conquista de América en su globalidad, ha redactado, entre otros, biografías acerca de distintos personajes destacados en la conquista de las Indias (como Nicolás

de Ovando, Hernán Cortés y Hernando de Soto) desmitificando algunas leyendas, ha colaborado en obras colectivas aportando su conocimiento acerca de la América de los siglos XVI y XVII y ha publicado una larga lista de artículos con una temática ubicada en la misma franja cronológica sobre temas relacionados con las Indias o con la península ibérica.

El libro se compone de la correspondiente introducción, siete capítulos, un epílogo, la conclusión, comentario de las fuentes, apéndices, glosario, una cronología general, la compilación de las notas, un índice alfabético y el índice. Los capítulos tienen una extensión desigual (el quinto, «La caída del incario», es el más largo y tiene treinta y cinco páginas; el sexto, «La resistencia inca», es el más corto y tiene doce páginas) y entre ellos hay un mapa del istmo de Panamá y el golfo de Urabá y otros tres relativos al movimiento de las huestes de Pizarro. En la parte central del libro hay una pequeña colección de imágenes relacionadas con Francisco Pizarro y la colonización del Virreinato de Perú.

Tras haber consultado distintos catálogos digitales de repositorios de bibliotecas universitarias y la bibliografía que presenta Esteban Mira al final de la obra, se ha visto que desde 1843 hasta la actualidad se han publicado más de veinte biografías sobre Francisco Pizarro. Algunas características que hacen destacar esta obra son el rigor con que se tratan los procesos históricos, la claridad y precisión en las citas, la coherencia en el orden cronológico y en los razonamientos, y la escasa longitud de algunos subcapítulos, que permite hallar la información fácilmente. Además, en la introducción, el autor propone que los valores y la mentalidad de los personajes son producto de su época, y en consonancia con este precepto, no se centra exclusivamente en pormenorizar la vida y las obras de Francisco Pizarro, sino que entretiene el desarrollo de fases importantes para la historia de las expediciones de exploración, conquista y colonización del tramo inicial de la historia de Nueva Castilla con la explicación de características socioculturales de la época, y con los acontecimientos de la conquista que vivió Pizarro. Otro rasgo destacable es que, a lo largo de toda la obra, el autor comenta y contrasta visiones de otros autores relativas a esta fase de la historia de la evolución del futuro Virreinato de Perú para ofrecer una nueva perspectiva.

Para tal finalidad, en el primer capítulo, Esteban Mira Caballos presenta una panorámica de la historia y de la sociedad del Tahuantinsuyu o Imperio inca. En el segundo, explica algunos aspectos culturales de Francisco Pizarro como personaje de conquista (detractores y defensores, aspectos culturales, militares y de Pizarro como gobernante), y señala algunos rasgos propios del mismo como elementos de idiosincráticos del contexto en el que este vivió. En el tercero, comenta algunos acontecimientos militares de la familia paterna, reconstruye la genealogía del conquistador considerando distintas opciones para su paternidad y maternidad y explica brevemente su infancia. En el cuarto, desarrolla cómo evolucionaron los primeros años del trujillano en las Indias, cómo prosperó económicamente y cómo llegó a las puertas de la colonización de Nueva Castilla. En el quinto capítulo, el autor desarrolla los aspectos más importantes de las expediciones de exploración, conquista y colonización que Francisco Pizarro encabezó en Nueva Castilla, desde su llegada a Puná y Tumbes hasta la evolución de la batalla de Cajamarca y la entrada en la ciudad de Cuzco. En el sexto, co-

menta los últimos latidos de la civilización inca, haciendo hincapié en el sitio de Cuzco y la pervivencia en Vilcabamba. Y en el séptimo, explica la evolución de la guerra contra Diego de Almagro el Viejo, la coyuntura de la muerte de Francisco Pizarro y la ejecución de Diego Almagro el Mozo.

En el epílogo, traza las líneas generales del alzamiento de Gonzalo Pizarro y la perpetuación del linaje. En las conclusiones, menciona la crudeza en la gestión del Imperio inca, que los colonizadores usaron mecanismos de reparto y organización de la colonia ya usados en la organización del Mediterráneo romano y que el comportamiento, los ideales y los valores de Francisco Pizarro y la sociedad que llevó eran iguales a los de otros guerreros de la época; hace el comentario de que no fue un gobernador eficaz porque no tenía la preparación adecuada y que su muerte era esperada. También cita la no aceptación de la conquista como problema social y relaciona este rechazo con el hecho de que no se han solucionado los problemas morales, económicos y políticos que generó la colonización.

En el apartado de fuentes, el autor enumera los archivos donde ha obtenido la información para escribir la biografía, comenta los principales documentos utilizados y las obras más importantes, sobre todo aquellas relacionadas con Francisco Pizarro, y para cerrarlo referencia las fuentes primarias y la bibliografía.

A continuación, los apéndices contienen reproducciones de fuentes primarias y árboles genealógicos que completan la información biográfica o hacen más fácil su comprensión; también hay un glosario compuesto por topónimos, americanismos o palabras procedentes de idiomas americanos. Posteriormente hay una pequeña cronología, las notas de los capítulos y, por último, el índice.

Sin lugar a dudas, es muy interesante la manera en que Esteban Mira Caballos ha planteado esta biografía, la combinación entre presentar la coyuntura en que vivió el personaje y explicar los acontecimientos más importantes de su vida hace mucho más fácil comprender las motivaciones que guiaban la toma de decisiones de Francisco Pizarro y, consiguientemente, el lector se puede acercar más a la realidad histórica y, a su vez, desmarcarse de otros razonamientos sesgados.

David Tella Ruiz
Universitat de Barcelona, España

Valle Pavón, Guillermina del. *Donativos, préstamos y privilegios. Los mercaderes y mineros de la ciudad de México durante la guerra anglo-española de 1779-1783.* México: Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora, 2016, 227 págs.

No es fácil seguir una línea de investigación continuada y hacerlo siempre con notable éxito, pero la doctora Guillermina del Valle, investigadora titular del Instituto Mora de México y una de las historiadoras mexicanas más notables de la ac-

tualidad, lleva años lográndolo. Este último título supone un hito más en el largo camino que la ha convertido en un referente internacional en el estudio de redes articuladas en el intrincado mundo del México borbónico. En este sentido, *Donativos...* representa, tal vez, la culminación de un proceso de análisis interdisciplinar de estudio de redes que tiene la enorme virtud de saber enlazar parámetros no siempre fáciles de unir, como son los aspectos mercantiles, sociales y políticos, para ayudarnos a comprender la singularidad y complejidad de los juegos de poder que nutrían las élites mexicanas. Y además, Del Valle lo hace con su habitual maestría con la pluma, y con un análisis explicativo que lleva al lector a comprender, desde abajo, el funcionamiento del poder político y mercantil en el ámbito novohispano, y lo inserta en el difícil tablero de las relaciones de poder regionales e internacionales.

Una de las grandes virtudes de la historiadora es su habilidad para explicar el funcionamiento previo de las instituciones, mecanismos y actores protagonistas de sus obras. Y esto es digno de encomio. Incluso para los curtidos historiadores es importante disponer del cuadro general y contextual en el que se moverá la investigación. La introducción del libro es un fiel reflejo de ello. Allá Valle es capaz de hacernos ver el largo anclaje de las élites mexicanas dentro del aparataje general de las Reformas, y cómo el Estado borbónico fue cediendo parcelas de poder para que estas mismas élites, a través de sus propios clanes, sopesaran sus intereses con las necesidades de capital (financiación) de la Real Hacienda en México. Los privilegios obtenidos por el Consulado o el Tribunal de la Minería son explicados con pulcritud para hacernos comprender que esta élite no fue refractaria al plan de reformas, sino que fueron actores indispensables para la Corona en tiempos difíciles, como las coyunturas bélicas. *Donativos...* es, en este sentido, un estudio brillante de cómo estas redes equilibraron sus intereses mercantiles con las necesidades dinerarias del Estado en una etapa en la que se debatía la hegemonía española en el Caribe en el contexto internacional de la guerra de la Independencia de Estados Unidos y una nueva disputa con Gran Bretaña por el control del Circuncaribe.

Uno de los aspectos centrales del libro es el análisis previo de cómo el Tribunal de la Minería se transformó en un actor corporativo muy poderoso incluso antes de la guerra de 1779, gracias a las necesidades dinerarias de la Corona, que fueron hábilmente instrumentalizadas por el gremio para otorgar préstamos a cambio de privilegios formales.

La repetición de este proceso por parte del Ayuntamiento de México o del Tribunal del Consulado, ya comenzada la contienda, forman parte del hilo articular de la autora, quien, muy acertadamente, observa la concreción de una densa y poderosa red de intereses mercantiles al socaire de dos aspectos: por una parte, la necesidad de Madrid de contar con el respaldo y beneplácito de los poderosos del virreinato para anclar definitivamente las reformas fiscales iniciadas en 1764 en Cuba y trasladadas lenta pero inexorablemente a Nueva España; y por otra, la simbiosis de intereses entre un poderoso e influyente cuerpo mercantil y minero mexicano deseoso de solidificar sus redes y ampliar sus privilegios por vía legal, y una Corona forzada a obtener dinero por vía de urgencia para la guerra, dinero que solo estaba disponible en las manos de los mismos

actores que buscaban el cobijo legal de los privilegios que únicamente Madrid podía otorgar. Como consecuencia de todo ello, ambos núcleos de poder alcanzaron sus objetivos, pero a costes diversos. Si bien la Corona obtuvo cuantiosas ayudas dinerarias en los momentos de máxima tensión bélica, estas la hicieron perder su autonomía respecto de los beneficios del *libre comercio*, visible después de la guerra, pero entonces en gran medida en manos del Consulado y el Tribunal de la Minería. Aunque es cierto que el proyecto original de Gálvez fue hacer declinar al poderoso Consulado contrapesándolo con las concesiones legales al Tribunal, lo cierto es que del análisis de la historiadora se infiere más bien lo contrario. Así se constata con las interesantes listas de los contribuyentes, y queda perfectamente dibujado con el excelente estudio de caso del comercio con el Pacífico y la red clientelar orquestada en torno a Iraeta e Icaza. La declaración de guerra y la subsiguiente carestía de mercancías forzaron a la Corona a entregar a dichos mercaderes un control radial del comercio pacífico que rompía en gran medida las limitaciones impuestas hasta la fecha, y que tuvieron como recompensa la concesión a las arcas estatales de cuantiosos suplementos por parte de mercaderes insertos en la red clientelar del océano Pacífico. Paralelamente, los ricos prohombres del virreinato y sus redes afines pagaron el coste de otorgar a la Corona cuantiosos donativos y empréstitos con cierta descapitalización, que fue especialmente visible a finales de siglo. A pesar del soberbio análisis de las redes y la abundante interrelación de factores, tal vez en este punto el libro de la historiadora quede algo corto, ya que habría sido deseable una prolongación en el tiempo, a nivel cualitativo, del impacto interior de la transferencia de capital hacia el Caribe, y en especial a La Habana. Este punto habría permitido conectar en el tiempo los cambios estructurales de las décadas de 1770 y 1780 en el seno de las corporaciones mercantiles novohispanas con la crisis financiera de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, vital para vincular los *vales reales* con la deuda interna, todo ello promovido indirectamente por el enorme poder crediticio de las grandes corporaciones virreinales de décadas anteriores.

El último capítulo, dedicado al análisis de los suplementos y empréstitos forzados en los años críticos de 1782 y 1783, constata asimismo la extensión de las necesidades monetarias hacia actores aparentemente alejados del teatro principal, como eran los miembros del Consulado y el Tribunal de la Minería. En efecto, la asunción de responsabilidades crediticias por parte de corporaciones religiosas con préstamos a la Universidad de mercaderes se nos aparece como claro ejemplo del enorme poder financiero que estas comunidades tenían, pero también llama la atención la enorme habilidad para sustentar los créditos a la Corona sobre el capital mobiliario e inmobiliario de las entidades civiles, que en este caso hacían de puente entre la institución religiosa y el Estado. Sin embargo, la autora destaca que tal habilidad no era, en muchos casos, un subterfugio, sino un instrumento para obtener privilegios sociales, ya que las cofradías se nutrían de un patrimonio cuyos titulares (para servir a las capellanías) eran los mismos hombres que tenían nutrida presencia en el Consulado. De igual manera, en la tensión sobre la obtención de capital para la guerra se hacía visible la polémica regalista, aspecto este crucial de la política de Carlos III. Cuando en 1782 se decretó que las cofradías eran cuerpos laicos, como bien señala Valle,

se estaba apuntando al corazón de las entidades religiosas, y transmitiéndoles el claro mensaje de que la colaboración con el Estado formaba parte de la propia esencia de su permanencia como entidad autónoma, naturalmente, a cambio de suculentos empréstitos. La escasa resistencia del arzobispo Núñez de Haro y la transferencia de depósitos hacia la Real Hacienda de varias hermandades piadosas señalan el momento álgido de la forzada colaboración entre la espada y el altar.

Singularmente meritorio (aunque, a mi entender, con muchas posibilidades de mayor recorrido de análisis) es la parte final del libro en la que se constatan los beneficios sociales (vía ennoblecimiento o inserción en cuerpos políticos), obtenidos por ricos hacendados o mercaderes mediante la aportación de dinero a la Hacienda del rey. Más allá de la simbiosis obtenida por los grandes cuerpos mercantiles del virreinato, la inclusión de actores poderosos ávidos de prebendas o de beneficios vía cargos se nos representa como un elemento singular para cerrar el plan general de la obra, en la que el dibujo de las redes está siempre presente. Aunque destacado con ejemplos concretos y muy significativos, no habría estado de más un mayor análisis de este vector interpretativo (de marcado carácter sociopolítico) y tal vez un enlace con la sociedad cubana que, en paralelo y beneficiada en gran medida por los aportes de capital novohispanos, siguió una senda de ennoblecimiento vía servicios a la Corona muy similar a la desarrollada por la élite al otro lado del Caribe.

En definitiva, estamos ante una obra importante, bien escrita, excelentemente estructurada, y de gran significación historiográfica. El conocimiento enciclopédico de la autora le ha permitido ofrecer un estudio que conjuga dos aspectos siempre difíciles y, para algunos historiadores, incluso disímiles: por un lado, la aportación de datos, redes y estructuras perceptibles en el espacio y tiempo controlados por el virreinato, que permite al lector utilizar la obra casi como fuente primaria; pero del lado más notable, un balance interpretativo (cualitativo), que es capaz de conectar ambas vertientes marítimas del espacio virreinal con singular destreza y llegar al fondo del difícil equilibrio de los diferentes actores de la trama (los cuales, extendidos a nivel explicativo, garantizan una comprensión de los mecanismos que forzaron a una especie de negociación impuesta por el drama de la guerra). En sus páginas, Valle garantiza algo que no siempre se logra: comprensión, valoración e interrelación de los diferentes objetos de la historia. Un libro que, como todos los de la historiadora mexicana, puede y debe servir de ejemplo a presentes y futuros historiadores.

José Manuel Serrano Álvarez
Universidad de Antioquia, Colombia

Weddell, Hugh A. *Viaje en el sur de Bolivia (1845-1846)*. Introducción, notas y traducción del francés de Isabelle Combès. Santa Cruz de la Sierra: El País (Colección Ciencias Sociales e Historia, núm. 45), 2018, 296 págs.

Aunque nació en Gloucestershire, Hugh Algernon Weddell fue un personaje eminentemente francés: se crió en Francia, estudió en Boulogne-sur-Mer, migró a la capital para estudiar en el Liceo Henri IV y se formó como discípulo de Adrien de Jussieu, que dirigía el Museo Nacional de Historia Natural de París. Como su maestro, Weddell se doctoró en Medicina y, también como Jussieu, prefirió dedicarse a la botánica más que a la ciencia médica. Y fue Jussieu quien propuso su nombre para que integrara la expedición de Francis de Castelnau por Sudamérica entre 1843 y 1847: Weddell acompañaría a este hasta mayo de 1845, cuando decidieron separar caminos en el Mato Grosso brasileño.

Al regresar a Europa Weddell se hizo cargo de la publicación de la *Expédition dans les parties centrales de l'Amérique du Sud* junto con el señor Bouin, amigo de Castelnau, e incluso redactó íntegramente la sexta parte (sobre la flora de la cordillera) y asimismo el sexto y último tomo de la primera, *Viaje en el sur de Bolivia*. La única diferencia consiste en algunas notas de Weddell, que figuran en el tomo sexto pero no en la edición independiente, y que afortunadamente recoge la presente edición.

Weddell viajó por Bolivia entre 1845 y 1847. El grueso de la información proviene de su expedición desde Santa Cruz de la Sierra hasta Tarija, que atravesó la llamada «cordillera chiriguana» mientras comenzaba a resquebrajarse la resistencia indígena a la presión colonizadora. También recorrió más brevemente Potosí, Sucre, Cochabamba, los yungas, la Paz, Tihuanaco, Larecaja, Tipuani, Guanay, Apolobamba, Carabaya, el Chaco y la Chiquitanía. Conoció imponderables y postergaciones: enfermó, su equipaje fue robado por la policía, su ansiado recorrido por el río Pilcomayo fue frustrado una y otra vez, sus animales fueron extraviados o robados, los fondos prometidos por las autoridades bolivianas jamás aparecieron y, por si fuera poco, en 1847 contrajo matrimonio en Arequipa.

Cuando expone sus observaciones más allá de la botánica, no es raro que Weddell se equivoque de cabo a rabo («Los matacos hablan la misma lengua que los tobas»). O bien que exagere, como cuando describe a los chiriguanos limitados a la materialidad más crasa: afirma que solo llevan el *tembeta* como única prenda de vestir y que su *fe* no pasa de creer que el tarugo labial es una suerte de talismán contra las enfermedades. A veces mezcla los tantos: así, por ejemplo, resulta notoria su confusión casi total entre cronistas jesuitas y franciscanos. En otras ocasiones acepta prejuicios como datos confiables y naturaliza la presunta superioridad de los pueblos agricultores y sedentarios sobre los cazadores-recolectores. El tono de la mayor parte del relato es distante, desapasionado, no demasiado empático, y por momentos trasluce un notorio desdén:

Estaba andando un poco al azar en la ciudad cuando vi que la casa de una joven dama de buena familia, a la que se había mandado pocos minutos antes un mensajero, estaba abierta. Entré. La casa parecía desierta. Iba a volverme cuando, empujando una última puerta, me encontré en el dormitorio. Vi a la invitada echada en su cama, borracha como una cuba. Su boca estaba llena de grandes pedazos de asado [...] El mensajero estaba sentado a su lado, también borracho, la cabeza en la almohada y la cara hundida en un charco de vómito [...] (pág. 149).

Sería fácil, entonces, aplicar a Weddell la habitual receta exegética basada en una pizca de anacronismo y otra dosis de corrección política. Ver en él un apóstol del progreso y a la vez un instrumento del colonialismo. De hecho, incurre en casi todos los pecados decimonónicos: la omnipotencia de la racionalidad científica; la presunción paternalista de la superioridad europea sobre la sociedad boliviana («la fealdad de los campesinos sobrepasa con mucho lo más feo que haya visto de este lado del Atlántico»); la intermediación con autoridades y personajes eminentes (militares, funcionarios, artistas, científicos), mientras que guías, baqueanos e intérpretes son opacados; la reducción de las creencias locales a alegorías o supersticiones (ridiculiza a los monjes franciscanos que creen que los fósiles prehistóricos de Tarija pertenecen a una raza de Goliats primitivos). De igual forma, su descripción de los chiriguanos contrasta notablemente con la que hacen otros autores que los conocieron mejor, como Erland Nordenskiöld o Alfred Métraux:

Los rasgos de los chiriguanos están lejos de ser bonitos. Los ojos son pequeños y oblicuos, los párpados casi no tienen pestañas. Su expresión, cuando tienen una, es de astucia. En las mujeres, la boca exageradamente grande y la nariz demasiado achatada impiden considerarlas como bellas incluso entre las indias. En cuanto al color de la piel de esta nación, es cobrizo si se quiere, pero un cobrizo sucio, que compararía con los matices de una vieja moneda (pág. 67).

Pero a esta altura del partido insistir en esa grilla exegética parece una trivialidad. Como observa la traductora y editora Isabelle Combès, más vale enfatizar aquello que distingue a Weddell de otros viajeros como testigo de época. Más allá de su conocimiento botánico, se trata al fin y al cabo del primer científico que describe en detalle la fauna paleontológica de Tarija, y sus notas antropológicas nos ofrecen información valiosa sobre la frontera chaqueña a mediados del siglo XIX: las relaciones fluidas entre los antiguos enemigos tobas y chiriguanos, las primeras incursiones anglicanas en el Chaco boliviano, o bien la vigencia de un mercado interétnico de trata de personas:

Los indios sorprendidos lanzan una primera lluvia de flechas contra el enemigo e invariablemente huyen, dejando todas sus pertenencias en poder de los vencedores. Matan a algunas mujeres, dejan escapar a otras. Pero toman a todos los niños, que constituyen el beneficio más tangible de la expedición. De hecho se los considera ya como la propiedad de sus raptos, que los guardan o los venden, ni más ni menos que si fueran negros. No hay familia en Saucos que no tenga a tres o cuatro de estos esclavos indios, de los que dispone a su antojo. Más aún: son objeto de un comercio casi regular entre esta localidad y las grandes ciudades del centro. A decir verdad, se lleva a muchas chiriguánitas como regalos, aunque no deja de ser que se trata de una especie de trata *in petto*. Cuando hay mucha oferta, el precio de una indiecita (*cuñita*) no es mayor a dos o cuatro piastras. Pero más se aleja uno del centro y mayor es el precio (págs. 74-76).

Weddell pasó cinco años en Sudamérica viajando y estudiando la coca y la quina. Llevó semillas de quina a Francia, que luego serían distribuidas por el Museo de París a diversas instituciones de Europa, con lo cual los británicos comenzarían a cultivarla en India y Ceylán, y los holandeses, en Indonesia, aniquilando así (profético anticipo de lo que sucedería luego con Henry Wickham y la goma) la producción sudamericana. Al regresar a Francia ocupó el cargo de ayu-

dante naturalista del Museo de Historia Natural de París entre 1850 y 1857, y como tal emprendió otros dos viajes: en 1851 al norte de Bolivia (de allí su *Voyage dans le nord de la Bolivie*, de 1853) y en 1857 a Orán, en el noroeste argentino. Pese a mantener durante toda la vida la vocación botánica, ese mismo año renunció a su cargo para acompañar el retiro de su anciano padre en Bagnères-de-Bigorre y luego en Poitiers: desde allí vivió la guerra franco-prusiana de 1870, durante la cual transformó su casa en hospital, y allí también fallecería, el 22 de julio de 1877.

Diego Villar
CONICET, Argentina